

***TODO SON LÁSTIMAS, SUSPIROS Y CONGOJAS. LA CARTA DE
RELACIÓN DE FRAY JUAN ROGER DE SU VIAJE DE PANAMÁ A
LIMA, 1686-1688***

*Bernard Lavallé
Pedro M. Guibovich Pérez*

Resumen

El estudio de las emociones no ha sido muy explorado cuando se trata de la colonia peruana. Si bien esta falta historiográfica se excusa en la escasez de fuentes, existen, no obstante, documentos que revelan bastante de la mentalidad de la época cuando se los lee con detenimiento. La carta de relación de fray Juan Roger narra las peripecias que enfrentaron él y sus compañeros frailes en su travesía de Panamá a Lima. Concretamente, abundan los testimonios sobre el sentir que los piratas provocaban en los viajeros y poblados de la costa peruana, además del pánico frente a la salida del mar, producto de movimientos telúricos. Diferentes emociones despertaban estos eventos, pero todas remitían al miedo que el mar representaba. La presentación y análisis de esta carta de relación no solo permite leer dichas emociones, sino que también ofrece respuestas sobre las acciones que los sujetos realizaban para enfrentarlas.

Palabras clave

Juan Roger / Carta de relación / Miedo / Piratas

Abstract

When it comes to the Peruvian colony, the study of the emotions has not been fully explored. One could trace this lack of historiography to the scarcity of sources; however, there are documents that reveal several information regarding the mentality

of the epoch if one reads them carefully. Such is the case of the *carta de relación* of friar Juan Roger, which narrates the difficulties he and his fellow friars went through during their travel from Panama to Lima. Specifically, it is possible to find testimonies about the feelings the pirates caused to the travelers and populations throughout the Peruvian coast. Another topic is the fear towards the advance of the sea, product of the telluric movements. These events raised different emotions, but all of them referred to the fear the sea evoked. The presentation and analysis of this *carta de relación* allows not only to read such emotions, but also depicts the actions the people took to deal with them.

Keywords

Juan Roger / *Carta de relación* / Fear / Pirates

No pocas penalidades tuvieron que padecer el franciscano Juan Roger y sus compañeros de orden en su viaje de Panamá a Lima en 1686. Por entonces, no era algo inusual que los viajeros que navegaban el Pacífico sur se vieran afectados por múltiples contingencias. Tormentas, naufragios, asaltos de piratas y corsarios, hambrunas, plagas de ratas y enfermedades hacían de la navegación, por decir lo menos, una aventura particularmente riesgosa, y la existencia, una condición muy vulnerable.

Roger describe sus fortunas y adversidades en una extensa carta de relación compuesta en 1688 y dirigida a su superior, fray Gonzalo Tenorio, uno de los más prominentes escritores criollos de ese tiempo, y un prolífico y controversial teólogo.¹ Es un texto que se inscribe en una larga tradición de relatos de viajes que se remonta a inicios del siglo XVI. En el primer tercio de este, algunos de los compañeros de Francisco Pizarro dejaron testimonios de sus aventuras en la ruta del istmo de Panamá a las tierras de los incas. A mediados de ese siglo, el licenciado Pedro de La Gasca compuso una descripción de la ruta, en la que, entre otras cosas, llamaba la atención de que Panamá estaba “fortificada con enfermedad y esterilidad”, lo que la ponía a salvo de amenazas, pero en gran riesgo a los viajeros y las expediciones que partían de esa región.² A fines del siglo XVI e inicios del XVII, dos religiosos dejaron sendos relatos de su navegación por las procelosas aguas del Pacífico sur. El jerónimo fray Diego de Ocaña contó, sin censura, las estratagemas poco santas

¹ El documento se encuentra en la colección Obadiah Rich, 6, ff. 180r-185v. New York Public Library. No ha sido dable documentar la relación entre fray Juan y Tenorio. En cualquier caso, queda por estudiar la sintonía ideológica que pudo existir entre ambos autores. Sobre el pensamiento de Tenorio, ver Antonio Eguiluz, “Father Gonzalo Tenorio O.F.M. and His Providentialist Eschatological Theories on the Spanish Indies”, *The Americas* 16, n° 4 (1960): 329-356.

² Pedro de la Gasca, *Descripción del Perú. Texto original y versión latina coetánea*, edición, estudio y notas de Josep M. Barnadas (Cusco: Centro Bartolomé de Las Casas, 1998), 41.

de que se sirvió para llegar a Lima sano y salvo.³ De otro lado, el jesuita Jerónimo Pallas describió en tonos muy vívidos los peligros de la navegación y los temores de que fueron presa sus hermanos de orden al verse en el inminente riesgo de zozobrar.⁴ Avanzado el siglo, el racionero de la catedral de Lima, Diego Portichuelo de Rivadeneira, relató su muy azarosa navegación por aguas del Pacífico y el Atlántico y, de paso, la infinidad de prácticas piadosas que los hombres de Iglesia realizaron a bordo del barco a fin de conjurar el peligro del naufragio.⁵

La carta de relación de Roger tiene caracteres que lo singularizan de los textos antes mencionados. No fue escrita con la intención de obtener reconocimiento por parte de la corona, ser impresa y publicitada, o constituir una lectura edificante. Tampoco tiene un cariz autobiográfico. Fue escrita con la finalidad de informar acerca de los acontecimientos sucedidos en el Perú entre 1686 y 1687. La imagen que presenta puede calificarse de apocalíptica dado que, en el curso de dos años, Roger fue testigo de excepción de los ataques de los piratas ingleses a la costa, del terremoto que asoló Lima y del miedo de que fue presa la población de la capital cuando se difundió la noticia de que el mar de El Callao avanzaba incontenible sobre la ciudad. Este texto constituye una excepcional fuente para documentar las emociones y los comportamientos de los pobladores del virreinato hacia los piratas, los fenómenos naturales y los rumores.

El estudio de las emociones no es una perspectiva nueva entre los historiadores. Tal línea de investigación fue inaugurada por los miembros de llamada escuela de los *Annales*. En la década de 1930, Lucien Febvre consideraba el estudio de la vida emocional del pasado un método particularmente útil a partir del cual poder investigar la mentalidad o “utillaje mental” de las generaciones pasadas. En 1941, Febvre invitó a sus colegas historiadores a ocuparse de “la vida emocional del pasado” mediante “una investigación colectiva [...] sobre los sentimientos fundamentales de los hombres y las formas que tomaron”.⁶

Influenciado por Febvre, otro gran historiador francés, Jean Delumeau, se propuso escribir una nueva historia de nuestro mundo en la que las claves pudieran buscarse fuera de los registros corrientes. No en la economía o en la geopolítica, sino

³ Diego de Ocaña, *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, 1599-1605*, ed. Blanca López Mariscal y Abraham Madroñal (Madrid: Universidad de Navarra, Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2010).

⁴ Jerónimo Pallas, *Misión a las Indias*, ed. y trad. José Jesús Hernández Palomo (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, El Colegio de México y Università degli Studi di Torino, 2006).

⁵ Diego Portichuelo de Rivadeneira, *Relación del viaje y sucessos que tuvo desde que salió de la ciudad de Lima, hasta que llegó hasta estos reynos de España* (Madrid: Domingo García y Morras, 1657).

⁶ Citado en Javier Villa-Flores y Sonya Lipsett-Rivera, *Emotions and Daily Life in Colonial Mexico* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2014), 4.

en los sentimientos y uno en particular: el miedo.⁷ Delumeau se preguntó: ¿quién tenía miedo de qué? Frente al peligro de las generalizaciones, propuso dos niveles de investigación. El primero debía ilustrar los miedos espontáneos, sentidos por amplias capas de la población; el segundo, los miedos reflejos; es decir, los derivados de una pregunta sobre la desgracia dirigida por los directores de conciencia de la colectividad, por tanto, ante todo, por los hombres de la Iglesia. Los miedos espontáneos podían ser, a su vez, de dos tipos. Unos eran permanentes, vinculados a cierto nivel técnico y al utillaje mental que les correspondía: miedo al mar, a las estrellas, a los presagios, a los aparecidos, etc. Los otros eran cíclicos y aparecían periódicamente con las pestes, las carestías, los aumentos de impuestos y el paso de los guerreros. Mientras que los miedos permanentes solían ser compartidos generalmente por individuos de todos los grupos sociales; los miedos cíclicos podían afectar a la totalidad de la población o bien a un solo grupo.⁸

El estudio de las mentalidades en el mundo colonial peruano de los siglos XVI y XVII no es un campo lo suficientemente roturado. Se han reseñado, pero no estudiado con el suficiente rigor, las emociones de las gentes urbanas y rurales.⁹ Acaso una de las mayores debilidades de las aproximaciones a la historia de las mentalidades en el periodo colonial es que suelen descansar en un elenco muy reducido de fuentes o de evidencias. Esto ha tenido como consecuencia que, no pocas veces, algunos autores hayan apelado a su propia fantasía y no a lectura detenida de las fuentes históricas para reconstruir los estados de ánimos de los personajes del pasado.¹⁰

Un pionero bastante discreto del estudio de las mentalidades en el contexto colonial peruano fue Bartolomé Escandell. Este encontró en los expedientes de la Inquisición de Lima que algunos pobladores del virreinato manifestaban una cierta solidaridad con los piratas simplemente por el hecho de ser enemigos y sencillos burladores. Inclusive entre los españoles también se percibe cierta admiración por la audacia y el amor al riesgo en el accionar de los piratas. A fines del siglo XVI, en Potosí hubo quienes aspiraban a introducir ingleses con fines subversivos; y en Lima, las monjas de la Encarnación ponían sus esperanzas en la incursión de los corsarios ingleses con la intención de lograr su libertad “para vivir en el mundo”.¹¹ A inicios de la década de 1980, Guillermo Lohmann reclamaba que con ser el siglo XVII “el más castigado por las invasiones piráticas de holandeses e ingleses”, estaba todavía por

⁷ Amelia Valcárcel, “Prólogo”, en Jean Delumeau, *El miedo en Occidente* (Madrid: Taurus, 2019), xi.

⁸ Delumeau, *El miedo en Occidente* (Barcelona: Taurus, 2019), 31.

⁹ Claudia Rosas, ed., *El miedo en el Perú* (Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005).

¹⁰ Un estudio como el de Georges Lefebvre sobre el miedo en 1789, convendrá recordarlo, descansó sobre un enorme corpus documental. Al respecto, ver *La revolución francesa y los campesinos* (Buenos Aires: Paidós, 1974).

¹¹ Bartolomé Escandell, “Repercusión de la piratería inglesa en el pensamiento peruano del siglo XVI”, *Revista de Indias* 13 (1953): 84.

realizarse una investigación que de “un modo perspicaz” descubriese la repercusión de la piratería en el pensamiento popular.¹² Se sabe de la reacción de las autoridades y del elemento oficial, pero “sería muy sugestivo calar en ámbitos sociales diferentes en orden a la actitud que adoptaban frente a las noticias de la presencia de tales elementos disociadores en nuestras aguas”. Para Lohmann, los piratas demostraron en los hechos “ser unas vulgares aves de rapiña”.¹³ La coincidencia de Lohmann con la historia de las mentalidades propuesta por los historiadores franceses fue pura coincidencia, ya que de plano rechazaba su cercanía con el marxismo.¹⁴ En tiempos más recientes, Ramiro Flores ha reseñado el comportamiento de las autoridades coloniales frente a las incursiones de holandeses, franceses e ingleses, y la asociación del pirata con las figuras del hereje y enemigo del estado.¹⁵

Menos atendidas por los investigadores han sido las emociones que despertaban los movimientos telúricos y los rumores. Durante y después de los sismos, la desesperanza, el temor y la angustia solían hacer presas a los habitantes de las ciudades, además de originar tensiones y temores sociales. No obstante, a pesar de la riqueza documental contenida en las relaciones de los sismos, se debe estar atento para identificar los lugares comunes en tales documentos cuando se trata de pintar las emociones y los comportamientos de la población, en particular en las relaciones impresas.¹⁶ Luego de producirse los sismos, eran común que los miembros del clero promovieran entre la población la realización de rogativas y procesiones de penitentes como formas de expiación. La población debía tomar conciencia de sus faltas, las cuales se interpretaban la mayoría de veces como las causas de la ira divina. No menos impactantes eran los sermones predicados desde los púlpitos, muchas veces improvisados, por clérigos y frailes que clamaban el arrepentimiento. De todo ello dan cuenta los testimonios manuscritos e impresos que informan de los sismos que asolaron las poblaciones coloniales; aunque siempre convendrá evaluar su contenido a fin de diferenciar la ficción de la realidad.

Los rumores también podían movilizar a la población. En una sociedad en la que predominaba la oralidad, era normal que las noticias circularan de boca en boca y que en el proceso de transmisión se produjeran alteraciones que desvirtuaban la naturaleza y las características de los acontecimientos. Todo ello, comprensiblemente, creaba confusión y desasosiego.

¹² Guillermo Lohmann Villena, *Historia marítima del Perú. Siglos XVII y XVIII* (Lima: Instituto de Estudios Marítimos del Perú, 1981), 376.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Lohmann Villena, “La acción de España en Hispanoamérica, siglos XVI-XVII”, en *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)* (Pamplona: Universidad de Navarra, 1989), 463.

¹⁵ Ramiro Flores, “El enemigo frente a las costas. Temores y reacciones frente a la amenaza pirata, 1570-1720”, en *El miedo en el Perú*, 33-49.

¹⁶ Muestras interesantes son las descripciones de lo sucedido durante y después del terremoto del Cusco en 1650.

La lectura de las fuentes históricas y literarias coloniales pone en evidencia que los sentimientos que profesaba la población del virreinato hacia los piratas, los movimientos telúricos y los rumores eran muy diversos, pero que había uno muy extendido en todos ellos: el miedo. Como se verá en el texto de Roger, siguiendo a Delumeau, es posible encontrar retratados diferentes tipos de miedos y, a su vez, los diversos comportamientos que la población asumía ante un peligro real o imaginario.

El autor, su texto y su contexto

El contexto histórico en el que fue escrita la carta de relación de Roger no fue particularmente propicio. La década de 1680 en la América española ha sido descrita por David Brading como “descorazonadora”. Fue en ella cuando los portugueses establecieron la colonia del Sacramento en el estuario del Río de La Plata y los franceses avanzaron hacia el sur desde Canadá para fundar Nueva Orleans. Por la misma época, piratas ingleses y franceses incursionaron con violencia por el istmo de Panamá para atacar las costas del Pacífico. Las ciudades de Panamá, Cartagena, Veracruz y Guayaquil fueron capturadas y saqueadas por estos aventureros de la riqueza. Por añadidura, en Nuevo México, los indios pueblo se rebelaron y expulsaron a colonos y misioneros de un territorio que había estado ocupado desde un siglo atrás.¹⁷ Por su parte, Pablo Pérez Mallaina y Bibiano Torres Ramírez han calificado el periodo transcurrido entre 1680 y 1688 como de “los años dorados del filibusterismo”. Ambos autores han escrito que los filibusteros obtuvieron lo que no habían conseguido los ataques ingleses a fines del siglo XVI o los holandeses que en la primera mitad del siglo XVII merodearon el Pacífico sur: cerrarlo para los busques del Perú.¹⁸

No tenemos más noticias del autor que las que él mismo ofrece en su carta de relación, las cuales, sea dicho de paso, son en extremo escasas. Al parecer, se hallaba de paso en Panamá, con destino a Lima, como parte de una misión de franciscanos que deseaba participar en el capítulo de la orden que debía celebrarse en la capital del virreinato peruano. Era, asimismo, criollo, como se colige de su opinión acerca de los frailes españoles.

Aparte, refiere cómo el 27 de febrero de 1686, a instancias de fray Basilio Pons, y contra el parecer de la mayor parte de los frailes que componía la misión, se embarcó con destino al Perú en “una fragata peligrosa”. En verdad, en la premura

¹⁷ David Brading, “La España de los Borbones y su imperio americano”, en *Historia de América Latina*, vol. 2, *América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII*, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Editorial Crítica, 1998), 92.

¹⁸ Pablo E. Pérez Mallaina y Bibiano Torres Ramírez, *La armada del mar del sur* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, 1987), 222.

por alcanzar Lima subyacían los afanes de algunos frailes por llegar a tiempo para hacerse de algunas prelacías en el referido capítulo. Para suerte de los viajeros, la navegación concluyó en tan solo dieciséis días, a pesar de que el mar estaba “tan infestado [...] de los enemigos”. Pero una vez llegados a Paita, recibieron las “noticias melancólicas” de la incursión que había hecho el “enemigo pirata” en la ciudad de Saña, “saqueándola toda y haziéndose dueño de sus muchas riquezas”.

El pirata en cuestión no era otro que Edward Davis, cuyas correrías en el litoral del Pacífico están ampliamente documentadas. Las primeras noticias de su presencia en las aguas del Pacífico sur proceden de un reporte elaborado en marzo de 1684 por el gobernador de Chile, José de Garro, quien informó haberse avistado tres o cuatro navíos extranjeros en las cercanías de la isla Mocha, frente a la costa de esa región. Esta noticia fue seguida por otras que daban cuenta del contacto con un barco en Valdivia a inicios de abril, que reclamaba ser un navío mercante en ruta a sus factorías comerciales. A pesar de estar informado de ello, el virrey Duque de La Palata no contaba con fuerzas militares para enfrentar la presencia de barcos extranjeros, de modo que ello permitió que los piratas pudieran surcar las aguas del Pacífico sin contratiempos.¹⁹

Dos años después, en 1686, había tres grupos de piratas activos en el Pacífico sur. El primero, procedente de Virginia, al mando de Edward Davis. El segundo, predominantemente francés, bajo el mando de François Gorgniet. Y el tercero, de ingleses, liderado por Francis Townley. Todos ellos sumaban más de 600 hombres. Fue el primero de ellos, con poco más de 250 hombres, por el que se debía mantener en un estado de alerta toda la costa del virreinato peruano a lo largo de dicho año. En febrero, habían intentado desembarcar en Huanchaco, pero al parecer las condiciones del clima no lo permitieron. Los piratas prefirieron el asalto a algunas poblaciones del litoral. Saña fue la primera en sufrir un ataque de Davis en los primeros días de marzo. La ciudad fue saqueada y los piratas obtuvieron un botín de 300 000 pesos en joyas, monedas y objetos, junto con 400 vasijas de vino y una cantidad no precisada de índigo. El clero y otros pobladores habían buscado refugio tierra adentro. Aquellos que permanecieron, una milicia de 130 hombres a pie y a caballo, no fueron suficientes para enfrentar a los poco más de 200 piratas que desembarcaron en la playa de Chérrepe, situada a pocas leguas de Saña. Con un cuantioso botín a cuestas, el 6 de marzo, Davis y sus hombres se retiraron al pueblo de Motupe a esperar la respuesta a un rescate de 50 000 pesos “con la misma seguridad como si estuvieran en Inglaterra”. Sin embargo, este último intento de enriquecerse fracasó, y el 15 retornaron a su barco antes que llegaran refuerzos militares de Trujillo.²⁰

¹⁹ Peter T. Bradley, *The Lure of Peru. Maritime Intrusion into the South Sea, 1598-1701* (Basingtoke: Macmillan, 1989), 137.

²⁰ Bradley, *The Lure of Peru*, 142-143.

Lo que más le llamó la atención a Roger al poner pie en tierra peruana fue conocer que en Saña no hubo resistencia al pirata por parte de los pobladores “quando les fue tan fácil el matar a palos todos los ingleses que, cansados del camino de doze leguas por aquellos arenales, se tendieron en la plaça como borrachos”. Para nuestro personaje, la razón de la inacción fue una sola: el miedo al enemigo, el cual, en su opinión, tanto “se a cobrado que con solo oír su nombre todos se ponen en fuga sin que ninguno trate de la defensa”.

“Con tan tristes noticias”, Roger y los otros frailes prosiguieron su viaje a Colán, a instancias de sus hermanos de orden que habían llegado de Lima para acompañarlos. En Colán, el teniente del corregidor demoró el viaje de los frailes hasta el 21 de marzo, en opinión de Roger “quizás aguardando se le untaran las manos”, es decir, recibir un soborno o pago. Para mala suerte de todos, el 21, “día fatal”, “quando más descuidados nos hallábamos con el enemigo”, los ingleses informados de que los mercaderes, que habían llegado en el mismo navío con los frailes y en otra fragata de Panamá, estaban en Colán, desembarcaron en Paita y enarbolaron sus banderas en las orillas del río. Una vez divulgada la noticia y que eran catorce los ingleses, todos los “nobles” que se hallaban en Colán, que sumaban alrededor de un centenar, a pesar de que estaban armados, en lugar de oponer resistencia, abandonaron sus bienes y huyeron.

El teniente del corregidor fue el primero en escapar. Para desdicha de los pobladores, dejó guardada la pólvora y la cuerda, “para que no se pudiera hacer la menor resistencia”, refiere nuestro fraile cronista. En tal situación, un grupo de frailes decidió tomar la defensa “con unas mal prevenidas escopetas y muy poca prevención de guerra”, esto es, con escasa pólvora y balas, y ninguna experiencia militar. Acompañados de un par de soldados, seis frailes decidieron poner cara al pirata. Los otros no pudieran sumarse por carecer de armas, aunque arrojo no les faltaba. Los defensores no tomaron posiciones hasta que los ingleses aparecieron en la plaza del poblado y “que alrededor sumbavan las pelotas que despedía la pólvora”. En el combate, los ingleses resultaron más diestros que los defensores. Algunos frailes resultaron finalmente capturados y entre quienes consiguieron escapar, hubo uno, dice fray Juan, que llevó en su cuerpo “por reliquia una bala”.

Entre los frailes que alcanzaron a huir estuvo el comisario, que se hallaba en cama, a quien “le prestó alas el miedo, que en el correr nos cogió la ventaja”, escribe el fraile. Anduvieron los frailes ocho días por la ribera del río Chira, “dando muchas gracias [a] Dios quando hallávamos mote o trigo cosido para remediar nuestra necesidad”. El corregidor de Piura les envió mulas para su traslado a dicha ciudad, pero a pesar de ello, se hallaban en “un susto continuo”, ya que el pirata había amenazado saquear Piura. En esta última localidad, los pobladores estaban más preocupados en poner a salvo sus caudales en metálico que en defenderse, “que avía hombre que la tenía traspuesta treinta leguas tierra adentro”; las mujeres habían

hecho lo mismo. En Colán, se volvió a juntar el grupo de frailes para proseguir viaje a Lima. La siguiente parada fue Trujillo, donde descansaron “y ansiosos de acabar nuestro viaje, apenas en las jornadas dávamos lugar de comer al ganado”. Una vez en Barranca, llegó un mensajero de Huaura y dio cuenta de cómo esta población había sido saqueada por el pirata y que este permanecía en Huacho. También les llegaron rumores de cómo el pirata avanzaba en dirección a Barranca, entonces “no fue pequeño el susto, tanto que estando ya para comer, sin aguardar a desaiunarnos, montamos otra vez a caballo, y procuramos asegurar nuestras personas en el monte entre lo espeso de sus árboles”. Tres días permanecieron escondidos “y cansados de arrastrar por los suelos”, decidieron proseguir su viaje, aun cuando el pirata no había dejado Huacho. Llegaron a Huaura, pero una vez más, ante el rumor de que el pirata volvería en la noche, se internaron en los campos para pernoctar. Al día siguiente, partieron a toda prisa “que como gatos escaldados el agua fría se temía”. En Chancay, para no perder tiempo, comieron en sus cabalgaduras y prosiguieron sin detenerse hasta Lima, “viniendo siempre el enemigo por retaguardia”. Lo que ciertamente no pudo percibir nuestro cronista es cómo las correrías de los piratas afectaban el comercio marítimo, ya que los comerciantes, temerosos de que sus caudales fueran robados, preferían no enviarlos a Panamá.

Las penalidades de Roger, lejos de terminar, continuaron en Lima. Por entonces, existía la creencia de que uno de los avisos de la justicia divina era el hecho de que alguna imagen devota exhalase agua. Roger cuenta cómo una imagen de la Virgen de la Candelaria, de propiedad de la viuda del oidor Calvo, “nos avisó del castigo que se nos esperaba llorando y sudando varias veces en espacio de tres meses”. No fue suficiente este aviso para la enmienda en el comportamiento de la población, de modo que Dios “quizo con el miedo reducirnos a la observancia de sus mandatos”. Así la noche del 20 de octubre de 1687, Lima fue sacudida por el violento sismo. En las horas del día, otros dos sismos terminaron por agravar la ruina de la ciudad. “Parecía que los exes del mundo se avían desconcertado y que todo se venía abaxo”. La precariedad de la existencia y el desconcierto de qué hacer en un sismo fue dramáticamente expresada por un contemporáneo anónimo de Roger, para quien el “más general e inevitable” de los males es el terremoto: “Ningún mal tiene la naturaleza que no tenga remedio: solo la muerte y el terremoto no privilegian sagrado, ni defensa, donde no introduzcan la fatalidad de sus estragos”.²¹

En medio de la confusión que aún reinaba en la ciudad devastada por el sismo, la noche del 1 de diciembre de 1687 corrió el rumor de que el mar se había salido y llegado a la plaza mayor. Nuestro cronista cuenta cómo la población se refugió en los cerros, temerosa de morir ahogada. El sentimiento de confusión ge-

²¹ Manuel de Odroizola, *Terremotos. Colección de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital y la han arruinado* (Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, 1863), 24.

neró situaciones algo cómicas, como la de un grupo de frailes, quienes en su huida llegaron a una acequia y, creyendo que era el mar, se arrodillaron e hicieron un acto de contrición en la creencia de que iban a morir. El testimonio de nuestro cronista es confirmado por el del virrey Duque de La Palata, quien en su memoria de gobierno escribió que “en un instante se oyó la voz en todas las partes más remotas de la ciudad de que el mar había roto los términos que le dejó señalado su Creador, y venía sobre nosotros”. De todos se apoderó el “miedo y dio esfuerzo para tomar la fuga a los cerros y a las enmiendas, sin cuidar cada uno más que salvar su vida”. El virrey envió al capitán de la guardia, José Isidro López, a El Callao para verificar la situación en el puerto. Se descubrió que todo era fruto de un “confuso rumor”, escribió el virrey.²² Este produjo, según nuestro cronista, lo que no pudo el terremoto: multitud de confesiones entre los pobladores. En verdad, el miedo que se produjo aquella noche de diciembre habría sido producido por una copiosa lluvia que cayó sobre la ciudad.²³

Emociones coloniales

Las incursiones de los piratas y corsarios, los movimientos telúricos y los rumores en el virreinato peruano tuvieron un significativo impacto emocional del que son testigos todos los lenguajes de la época, tanto en palabras como en imágenes. De los diversos adjetivos empleados por Roger en su carta de relación, hay uno que estimo requiere cierta atención por sus implicancias ideológicas: “infesto”. Así, leemos que los mares se hallaban “infestados” o, lo que es lo mismo, infectados de enemigos. El uso del adjetivo no es gratuito. En la época, tenía una riqueza semántica muy ilustrativa, como se puede leer en los repertorios lexicográficos. Por ejemplo, Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, aparecido en 1611, recoge: “Inficionar: corromper con mal olor el aire o otra cosa. Del verbo latino *Inficere*: cosa inficionada, *infectus*”.²⁴ Por su parte, el *Diccionario de autoridades*, publicado en 1735, abunda en entradas. Lo registra como verbo: “Manchar o inficionar alguna cosa” y adjetivo: “Inficionado o manchado. Latín. *Infectus*”, e ilustra con dos ejemplos. Uno es: “Todos los hombres que fueren infectos de los humores susodichos, serán plagados desta lepra”; y el otro: “Assaltado todo aquel estado [...] de un aire infecto, y furiosa pestilencia”.²⁵ Pero también, y de manera más gráfica, como parti-

²² Lewis Hanke, ed., *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria*, vol. VI, 115-116 (Madrid: Atlas, 1980). El virrey sitúa el acontecimiento la noche del 2 de diciembre.

²³ Rubén Vargas Ugarte, *Historia del Santo Cristo de los Milagros* (Lima: Editorial Lumen, 1949), 50. Se habría tratado, al parecer, de un fenómeno de El Niño. Al respecto, ver William H. Quinn, Victor T. Neal y Santiago E. Antúnez de Mayolo, “El Niño occurrences over the past four and a half centuries”, *Journal of Geophysical Research* 92, n° C13, (diciembre 1987): 14,449-14,461.

²⁴ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana* (Madrid: 1674), f. 77v.

²⁵ Los ejemplos han sido tomados de Francisco López de Villalobos, *Libro intitulado los problemas*.

cipio del verbo infectar: “meter mucho número de alemanes infectados en el corazón de Francia, adonde con libertad exercitaban su secta”. Por añadidura, del sustantivo infección dice: “el mal efecto o daño que causa la calidad venenosa, peste o contagio” y “no había provincia en toda la christiandad libre de la pestilencial infección de la herejía”.²⁶

Las voces de ambos diccionarios resultan muy elocuentes y gráficas. La herejía es comparable a la peste: mancha, corrompe, contagia. La presencia de los piratas y corsarios, en consecuencia, resulta peligrosa, ya que se le asocia al peligro heterodoxo, a la herejía. El hereje es la encarnación del mal. No en vano, Roger destacará la “desenfrenada lascivia del hereje” y su reprobable conducta de hacer de las iglesias “casa y havitación de su luxuria”. Las noticias de estas y otras acciones de enemigo resultaban “tristes” y “melancólicas”; y su presencia hacía que el susto fuera “continuo” y “no [...] pequeño”.

Junto con los piratas, el mar era una causa de miedo y temor. En la Europa de principios de los tiempos modernos, el miedo, camuflado o manifiesto, está presente en todas partes. Así sucede en toda civilización mal armada técnicamente para responder a las múltiples agresiones de un entorno amenazador. En tiempos pasados, hay un espacio donde el historiador está seguro de encontrarlo sin ninguna máscara: el mar, escribió Delumeau.²⁷ No extraña que Roger se refiera a las expediciones de los piratas como “las fatalidades del mar”. Ante las contingencias de la navegación, era común en la época que se apelaran a las rogativas y otras prácticas piadosas.

Conclusiones

Las incursiones de los piratas y corsarios, los sismos y los rumores tuvieron un significativo impacto emocional del que son testigos todos los lenguajes de la época, bien en palabras como en imágenes. La lectura de la carta de relación de fray Juan Roger es una valiosa fuente para documentar tales sentimientos. Estos eran muy diversos, pero había uno muy extendido: el miedo. Como se ha visto en el texto de nuestro autor, siguiendo a Delumeau, es posible encontrar retratados diferentes tipos de miedos. Pero también son importantes de tomar en cuenta los diversos comportamientos que la población asumía ante el peligro real o imaginario.

²⁶ *Diccionario de autoridades*. Edición facsimilar (Madrid: Gredos, 1979), II, 262-263.

²⁷ Delumeau, *El miedo*, 41.

Anexo documental

Carta de relación de fray Juan Roger, Lima 1688

/f.180r./ Al R. P. N. Pe. y señor mío.

No es fácil a la cortedad de mi pluma ponderar ni el menor ápice de consuelo que en mi corazón causó la deseada carta en que Vuestra Paternidad Muy Reverenda se digna favorecerme con las noticias de su salud, aunque después de tanta borrasca y quebrantos en ella, nueva la más deseada, y que con más ansias de mi corazón esperaba de quantas en esta vida puedo esperar por ser lo que más estimo en este mundo. Quieran los cielos prosperar para mí tan deseada salud y tan necessaria al lustre y crédito de la religión y felices años. Yo, gracias al altísimo Dios, me hallo al presente en principios de convalecencia y aun con la mano torpe para escribir de un achaque que a todos puso en duda mi vida por ser calentura continua todos los días, que duró por espacio de sesenta días; de qualquier manera siempre a los pies de Vuestra Paternidad Muy Reverenda.

Pasando al cumplimiento del precepto de Vuestra Paternidad Muy Reverenda, en que me manda le haga relación de nuestro viaje, después que salimos de Panamá, digo que a los 27 de febrero de 86, el padre Basilio Pons, aunque contra el parecer de la mayor parte de la misión por complacer a algunos que ambiciosos de prelacías deseaban llegar quanto antes a Lima, temiendo que el comisario general sin aguardar la misión celebrara el capítulo (como lo hizo), nos hizo embarcar en una fragata peligrosa por lo viejo en ocasión que estaba toda la armada en Panamá y tan infestados estos mares de los enemigos. Hizimos nuestro viaje y aunque fue tan feliz que en diez y seis días dimos fondo en Payta. Aguaron el gusto de tan próspero viaje, las noticias melancólicas de la invasión que avía hecho pocos días antes el enemigo pirata en la ciudad de Saña, saqueándola toda y haziéndose dueño de sus muchas riquezas, sin que de parte de sus moradores se hiziera la menor resistencia, quando les fue tan fácil el matar a palos todos los ingleses que cansados del camino de doze leguas por aquellos arenales se tendieron en la plaça como borrachos. Pero es tanto el miedo que al enemigo se a cobrado que con solo oír su nombre todos se ponen en fuga sin que ninguno trate de la defensa.

/f.1v./ Con tan tristes noticias y para más seguridad de nuestras personas pusieron los religiosos que de Lima avían baxado para nuestra conducción, el passar a Colán, y dende allí con más brevedad disponer para Piura nuestro camino. Executóse lo pensado y passando a Colán el teniente, quisás aguardando se le untaran las manos, nos entretuvo hasta el día hasta el día 21 de marzo, día fatal porque quando más descuydados nos hallamos con el enemigo, que aviendo desembarcado a las

sinco de la mañana en Paita y adquirido las noticias de que el cuerpo de mercaderes, que en nuestro navío y otra fragata, que el día anterior avía llegado a Payta estava en Colán, a las siete de la mañana ya avían enarbolado sus banderas en las márgenes de su río. Divulgóse la voz en el pueblo y siendo así que avían saltado en tierra catorse ingleses, todos los nobles que se hallaban en Colán, que llegarían a ciento, con escopetas al ombro, dexando todas sus riquezas, se pusieron en fuga.

El que cogió la delantera, siendo el primero que cobarde salió uyendo, fue el teniente que dexó encerrada la cuerda y pólvora para que no se pudiera hazer la menor resistencia. En confusión tan intenpestiva, no faltó entre los religiosos de la misión valor a algunos que con unas mal prevenidas escopetas y muy poca prevención de guerra como pólvora y balas quisieron hazer frente al pirata. Estos religiosos fueron seys, porque no era mayor el número de las armas, dos soldados, que avían baxado de Lima y los quatro de la misión. Y a mi ver si se ubieran encontrado más armas, no ubiera tan a gusto saqueado el inglés a Colán, porque los demás religiosos de la misión embidiosos de la empresa gloriosa de sus compañeros, cada qual quisiera ser uno dellos. Y muchos no pussieron en cobro sus personas, hasta ver en la plaza al enemigo, y que alrededor sumbavan las pelotas que despedía la pólvora. Empeçose el combate, disparavan diestros los ingleses, respondían animosos nuestros frayles, pero como a los nuestros faltava la munición, no pudieron tentar mucho tiempo la tela, tratan de salvarse, pero fue a tiempo que ya se les avía atajado el passo y quedan prisioneros, los demás tubieron fortuna de escaparse, aunque uno dellos lleva en su cuerpo por reliquia una bala.

Los que salimos huyendo primero como [...] en aquellos parajes cada qual cogió su rumbo y el comisario que antes estava malo en la cama, le prestó alas el miedo, que en el correr nos cogió la ventaja. Aunque por sendas varias se juntó la misión toda en el río de la Chira aquella noche, que también quiso entre los orrores de sus sombras aumentar nuestros trabajos lloviendo con tal orror que parecía avía el cielo sacudido las cataratas, y como el abrigo no era más que una delgada túnica de estameña (hábito que usa la [...] en Panamá contra el calor) y un sombrero, bien se deja de ver en cuerpos que estavan en ayunas que noche se passaría. En fin para abreviar y no ser a Vuestra Paternidad Muy Reverenda tan enfadosa la relación, nosotros anduvimos ocho días por las márgenes del río de la Chira dando muchas gracias Dios quando hallávamos mote o trigo cosido para remediar nuestra necessidad. Los quales passados hallamos ya más propicios los cielos porque el corregidor de Piura, ansioso del triste paraje en que nos hallávamos, despachó a su teniente con mulas, con que conduxo toda la misión a Piura. No fue poco nuestro consuelo por gozar de algún descanso aunque siempre en un susto continuo, por aver amenazado a Piura y jurado de saquearla. No estavan poco prevenidos sus moradores, no en armas, que de esso no se habla, sino en poner en salvo su plata, que avía hombre que la tenía traspuesta treinta leguas tierra adentro; las mugeres avían hecho la mesma diligencia. Passamos a Catacaos, para dende allí disponer para Lima nuestro viaje, y estando para salir

tubimos el gozo de que libres nuestros prisioneros, pudiéramos juntos ponernos en camino, como lo hizimos el miércoles santo, muy desbalijados de alajas porque se quedaron más perdidas en Colán, sin que ninguno llevara más que la ropa que trahía consigo sobre más pobres enjalmas.

Llegamos después de no pocos trabajos a Truxillo y apeándonos en Mansiche, nos recibió el padre Castillo (que Dios tenga en descanso) con mucho amor, y después de quatro días que corrió el gasto y sustento por la misión, quiso tenernos ocho días por su cuenta. En Truxillo estube con una sobrina de Vuestra Paternidad Muy Reverenda, religiosa de Santa Clara, que si no me engaño se llama doña Francisca de Alvarado, religiosa en común opinión de todos muy virtuossa. Alegrosse mucho de las noticias que le dí de Vuestra Paternidad Muy Reverenda, y me dixo que en diferentes ocasiones avía /f.2v./ en diferentes ocasiones escrito [sic] a Vuestra Paternidad Muy Reverenda y nunca avía tenido respuesta.

Salimos de Truxillo, víspera de la cruz de mayo, y ansiosos de acabar nuestro viaje, apenas en las jornadas davamos lugar de comer al ganado. Llegamos a la Barranca y al despachar a Gaura [sic] un propio, para que los padres tubieran prevenida la comida para el siguiente día (que con esta prissa se caminava) llegó de Gaura [sic] un propio avisando de que el enemigo avía saqueado y que quedava en Guacho. También corrieron unas voces de que venía marchando para la Barranca. No fue pequeño el susto, tanto que estando ya para comer, sin aguardar a desaiunarnos, montamos otra vez a cavallo y procuramos asegurar nuestras personas en el monte entre lo espesso de sus árboles. Tres días estuvimos escondidos y cansados de arrastrar por los suelos, se resolvió passar adelante, aunque el enemigo no avía salido de Guacho. A Guaura llegamos por la tarde y, con el enemigo tan a la vista, no [¿podía?] ser poco el cuydado y amedrentados de unas voces que corrían al anohecer de que bolví el pirata, salimos a dormir a los campos. El día siguiente salimos a toda prisa que como gatos escaldados el agua fría se temía. En Chancai sin apearnos comimos un bocado y proseguimos sin parar el camino, viniendo siempre el enemigo por retaguardia.

Llegamos en fin a Lima, víspera de la Assención del Señor y fuimos a apearnos a la recolección donde nos aguardava el provincial con muchos religiosos graves del convento grande. No puedo ponderar las demostraciones de alegría que enseñava cada qual de aquellos padres. Llegó la hora del comer y nos tubieron prevenida una boda grande a la tarde, limonadas con abundancia.

Aqui se nos dio noticia por estenso del capítulo (que como tengo apuntado) no aguardó el comissario a la misión para celebrarlo (como tampoco quiso esperarnos en Lima saliendo para el Cuzco dos días antes de nuestra llegada). El provincial criado fue y es el padre fray Diego Phelipe, primer definidor el jubilado Ossorio, segundo el jubilado Ríos, tercero el padre Carrasco, quarto fray Bartholomé de Víctor (irlandés) y custodio el padre Landeras, guardián de esta casa el padre fray Thomás

de Cuenca (que en la congregación aparearon y en su lugar fue elegido el padre jubilado fray Gregorio de /f.3r./ Casasola; guardián de Guadalupe el padre lector jubilado fray Gregorio de Quesada.

La misma víspera de la Assensión venimos a este convento donde nos aguardaba toda la comunidad en la yglecia rebocando por boca y cara el gozo de nuestra venida. Esto no todos sino los padres criollos, que los de España davan más muestra de pesar que de contento. Tres días nos trataron como huéspedes, ministrándonos la comida en el refitorio de la enfermería y siempre de boda y para todo hizo el gasto el provincial.

Antes que entre a tratar del estado en que hallamos esta provincia, quiero dar aviso a Vuestra Paternidad Muy Reverenda de las fatalidades que en mi tiempo a experimentado este reyno, así en mar como en tierra, que an sido tantas que parece a descargado Dios el açote de su justicia contra este reyno. Quanto a las fatalidades del mar, ya he dicho como el enemigo avía saqueado Saña, Payta, Colán, Guaura y Guacho, sin que se moviera la cabeça a la menor diligencia para atajar tantos daños, que el menor era perder los moradores de los valles sus haciendas. Lo lamentable y digno de llorar es que en todos los lugares en que an entrado los enemigos no a quedado mujer casada ni donsella que aya sido lastimoso despojo de la desenfrenada lacivia del hereje, que no contento con robar toda la plata que hallava, aprisionava los que podía, pidiendo después excesivos rescates y si tan aprissa no lo entregavan amenaçava con la muerte, y en Gaura [sic] mató un religioso nuestro llamado el difinidor fray Francisco Hernandes y a un hacendado muy poderoso. Passo en silencio la profanaçión de los templos, que hazían casa y havitación de su luxuria, la de los vasos sagrados, que esto solo se deve llorar con lágrimas de sangre.

No fueron solos los dichos lugares que lloraron los destroços, que en toda la costa hizo el enemigo, porque lo mesmo experimentaron Pisco, Ica y Cañete, y es de advertir que en Pisco estava un corregidor famoso soldado que, según orden de milicia, tenía la plaça muy bien prevenida y en su tiempo nunca se atrevió el enemigo. Este corregidor tubo un empeño con el virrey sobre no querer dar más pieças de bronce que tenía Pisco para su defensa, que quería el virrey para artillar una fragata y por esto fue llamado el corregidor al Callao y apenas faltó de Pisco, quando entró el enemigo haziendo el mismo destroso que en los otros lugares. Guayaquil padeció el mesmo estrago, aunque con más honor de sus moradores, porque en fin pelearon aunque con poca fortuna, ya por ser mayor el número /f.3v./ de los ingleses, como también por exceder en destreza y manejo de las armas.

A tanta calamidad y para el remedio dello despachó el virrey una armadilla que se componía de tres fragatas bien artilladas, los soldados mulatos, y aviéndose hecho a la vela apostaron en Truxillo, donde se reconoció era otro el designio de la suprema cabeça, porque cargando de arinas a costa del sudor de la gente [...] fue oca-

sión de que muchos huiesen. Las arinas se llevaron a Panamá y de buelta los navíos por un temporal se dividieron y una de las fregatas encontró con el enemigo. El capitán que era valeroso les presentó la batalla, peleando con ánimo español aunque con desgracia pues murió luego de un balazo. El alférez empuñando la gineta hizo que no se reconociera la falta de su capitán. Pero como en este tiempo, ocupados en la contienda los soldados, se dejó de acudir a la bonba se llenó nuestra fragata de agua y viéndose en tan manifiesto riesgo resolvieron vararla y desta manera escaparse de los dos peligros que les amenassavan, aunque no fue tan a salvo que muchos no quedaran sepultados entre las aguas perdiendo de una vez artillería y nao.

Qual quedaría esta república a vista de tanto fracaso, se dexa a la consideración de cada uno, contentándome solo con decir que muchos moradores de Lima medrosos no hiziera la invasión a esta ciudad el pirata, passaron a la sierra su domicilio de que movidos los ánimos de dos biscaíños ricos, al passo que valerosos, se revolvieron a su costa armar dos naos que llenas de gente blanca siguiessen al enemigo. Consiguiose del virrey licencia después de muchos dares y tomares por aver su excelencia tener parte en este curso (que no se le concedió) salieron los baxeles y encaminando su viaje así a Guaiquil encontraron con el enemigo. Empesose la batalla con tanto valor de nuestra parte, que reconociendo el pirata la fuerza dispuso el ponerse en salvo, arrimose a tierra donde por ser sus embarcaciones ligeras podía navegar en parte que las nuestras no podían llegar por grandes y entrando por un estrecho que hazen las peñas en el agua (que hasta oy no se sabía tenía otra salida) hizo burla la de los nuestros que estavan que la ambre las avía de poner el enemigo en la mano /f.4r./ burlados los nuestros resolvieron otra vez buscar el enemigo y siguiendo su derrota que juzgaron avía sido assi a la otra costa, encaminaron para allá su viaje, quando una desecha borrasca hizo dividir los barcos, uno asia Panamá y otro para Guaiquil y dando este en un baxo se perdió con toda la artillería, y aunque se esperaba recobrarla por averla dispuesto en forma que con facilidad se pudiera sacar no se consiguió esta fortuna, porque embiando el virrey a la capitana y almiranta (que avían baxado a Panamá a socorrer aquella plaza) perdieron en el mesmo sitio tres anclas y tres cables y a riesgo de perderlo todo. Este es el lastimoso estado en que se halla el Perú en lo que toca a la parte del mar.

Quanto a las fatalidas [sic] que por lo que toca a la tierra experimenta este reyno no alcanzará a ponderarlas la pluma, diré solo las que pudiere traer a la memoria y empesando por la sierra por averse ella adelantado en los trabaxos referire por mayor sus desgracias. El año 86 enbió Dios un temblor tan grande a Guamanga y valles de Xauxa que de milagro quedó piedra sobre piedra tanto que derrumbó los serros que ocupando las corrientes de los ríos hizieron mares los mesmos pueblos y tres ellos totalmente sumergidos no dieron lugar a que alma ninguna se librase sin quedar de dichos pueblos ni aver resquicio sino laguna grande que causa orror mirar sus aguas por ser amateriadas y de color de azufre. A nuestro comisario general que venía del Cuzco de celebrar el capítulo en un tambo donde le cogió el temblor

lo sacaron medio enterrado y a no acudir tan presto parecía sin remedio que de su lado sacaron a tres personas. Hizieronse grandes penitencias, aunque en Lima no hizieron caso teniendo tan a la vista el castigo, ni se hizo demostración alguna hasta dos de abril del mismo año que nos recordó Dios con un gran temblor del letargo. Hizo nuestra comunidad una processión de penitencia. Fue mucha la conmoción del pueblo y prosiguiose en nuestro convento un nobenario de sermones predicando el primero el padre comisario general.

Olvidosenos presto este amago de la divina justicia bolviendo a las passadas libertades hasta el año siguiente de ochenta y siete, en que por agosto una pequeña imagen de bulto de Nuestra Señora de la Candelaria que tenía en su oratorio la viuda del oydor Calvo nos avisó del castigo que se nos esperaba llorando y sudando varias vezes en espacio de tres meses y quando este prodigio pudiera de aterrarnos, el demonio introduxo varias opiniones si serían o no verdad el que llorase. Los prelados andubieron tibios en averiguar el caso y assí las costumbres eran las que antes (estava en este tiempo Lima como quando dixo San Bernardo *recessit lex sacerdotibus* etc.).

Viendo Dios que en aviso tan grande no nos aprovecharía, quizo con el miedo reduzimos a la observancia de sus mandatos. Y assí el día 20 de octubre, quando quería romper el alva, despertó de su sueño a Lima un temblor tan inusado que parecía que los exes del mundo se avían desconcertado y que todo se venía abaxo, durando este temblor un quarto de hora, muy largo. Y [¿inmediatamente?] ubo otro aunque publicaron la fuerça del terremoto las celdas del claustro grande, que todas se vinieron abaxo quedando el convento todo descascarado. O providencia divina que quando en ocasiones semejantes eran asilo los templos adonde acudían todos a reconciliarse con Su Magestad [?]. En esta solo fiaron su seguridad de la vida en las pampas y plazas tan apoderados todos del temor que parecían en lo amarillo de sus rostros personas de la otra vida. Llegó el día y a las seis de la mañana vino otro terremoto tan espantoso como publican sus ruinas porque dexó a Lima toda desolada. En los templos parece fue mayor el estrago pues no quedó ninguno en pie. Nuestra iglesia, maravilla de la América y que lo podía ser en toda España, despidió la media naranja, llevándose de camino la capilla de Aranzazu y del Milagro, aunque la Virgen Santísima no desamparó su aseo, quedó en estas ruinas sepultada una mujer que se estava confessando. La bóveda del cuerpo de la yglesia tan sumamente lastimada que sin horror no se entra en ella. Las torres aunque no cayeron quedaron tales que temerosos de la ruina que amenaçaban las echaron abaxo. La Soledad despidió una de sus torres y la capilla quedó inhabitable, el convento aunque quedó el mejor de Lima, es menester de nuevo reedificarlo, solo la cerca quedó intacta. Los demás conventos principalmente el de los augustinos a quedado inhabitable y oy viven sus religiosos en la chacarilla. /f.184r./ La Merced toda por los suelos, como también Santo Domingo. La plaça toda alrededor se vino abaxo. Los portales, tiendas, palacio del virrey y la fama de la hermosa pila boló por los ayres. Y oy es

yglesia mayor un rancho que se hizo en la placa, por estas aquella de suerte que es imposible menos echándola toda abaxo que tenga al medio. Y en fin está Lima hecho un muladar y los muladares son los poblados, viviendo en rancherías que labró la necesidad a costa de las cañas, que oy tienen más valor que los ladrillos y adobes. De estas incomodidades y del rigor del verano que oy contamos veinte de junio esta en la mesma fuerça como en febrero y marco se a levantado una peste sorda de calenturas que oy se hallan en los libros de los difuntos empadronados dies y seys mil sin los niños que debaxo de capa se dexan en las yglesias que son tantos que solo en esta casa el día que menos se hallan tres y quatro.

No fue solo Lima que experimentó los estragos de estos terremotos, el Callao del primero se vino abaxo y demás a más el mar que salió de madre. Pisco también lo que el el [sic] tenblor avía dexado lo barrieron las olas pereciendo entre ellas más de trecientas almas. Miraflores y casi toda la costa padecieron lo mesmo y en Quito se tragó la tierra dos lugares. Chancay queda también desolado. Este es el estado lamentable de este opulento reyno in bosquejo, que una cosa es verlo, otra contarlo y a vista de tantos estragos, las costumbres sino peores son las mismas que antes porque la avaricia *est in capite*.

Quanto al estado religioso de esta provincia no quisera llegar con la pluma por escusar a Vuestra Paternidad Muy Reverenda otro pesar mayor porque el oro antiguo se a reducido en estiércol abominable y con decir que lo peor es el noviciado me parece lo pondero arto, porque asta los novicios tienen manejo de plata, el andar desnudos y descalcos es ya afrenta y assi hasta los coristas se calçan, la enfermería es desdicha y el enfermo perece si no tiene afuera quien le enbía un bocado, las cosinas de la comunidad en poder de indios porque los legos no quieren ser cosineros. La fruta y el platillo de los viernes y el vino se a quitado, el plato de arros con leche se da (como en España) de milagro y en fin todo está solo para llorado. Los padres de provincia son padrastos. Solo el padre provincial a dexado asombrada a la provincia porque como tenía opinión de tan bravo a /f.184v./ sido exemplar de mansedumbre, y a este convento con el [¿espolio?] del padre Castillo, cura de Mansiche, lo a desempeñado de veinte mil pesos y oy a su cuenta se está reedificando el claustro grande luego inmediato a los tenblores porque el convento [¿avía?] quitado del pan, dio mil pesos mandando que no se limitara ni alterara cosa tocante al sustento de los religiosos. Dio ruan a todo [sic] la comunidad, qualquiera que pide túnicas, suelas o le manifiesta qualquiera necesidad, luego lo socorre y en fin es verdadero padre y assi criollos como de España dicen no se a visto provincial como fray Diego Phelipe, y del se puede decir lo que dixo Vuestra Paternidad Muy Reverenda, quando fue elegido provincial, que lo temían león porque en empuñando los sellos fue cordero.

Avíaseme olvidado entre las tribulaciones de tierra, una que no fue menor que la de los terremotos, que el día primero de diciembre del año passado de 87 a las dies y media de la noche se levantó una voz general que a un mismo tiempo avissó

a todos los de Lima, así los que vivían en los muladares de la Barranca, como en la Alameda, Juan Simón, Guadalupe, San Francisco de Paula, la Guaquilla de mi señora Santa Ana, como en los demás parajes a que los moradores de Lima se acogieron por miedo de los temblores. Y la voz era que se avía salido el mar y estava en la plaça. Aquí fue la tribulación general en todos, cada qual procurando salvarse en los serros, los que halló ya en la cama tan triste noticia sin reparar se hallavan desnudos, despavoridos salían a favorecerse de los serros, y ubo muger que desnuda en carnes como avía nacido corrió hasta el cerro de San Cristóbal. Los padres de la Compañía sin sotanas, que procuravan guarecer hazían más verídica tamaña desgracia. Los padres de mi padre Santo Domingo desnudos hasta la sintura se abrían a açotes y en un instante se vieron los serros de San Cristóbal y San Bartolomé tan poblados de gente y todos con sus luzes que parecían dos Ethnas o furiosos bolcanes, que avían rebentado, tanto que unos padres augustinos que estavam en su calera dieron por cierto que Dios llovía fuego en Lima y no les costó poco el susto. El guardián de la recolección, fray Basilio Pons, con su comunidad agarrando del Santísimo no paró hasta la cunbre del serro y lo mesmo hizieron otros dos curas que avían puesto sus yglesias /f.185r./ en la Alameda. Lo mesmo hizieron los padres mercenarios que fueron hasta el serro de San Bartolomé. Fue noche esta de juicio. Las preñadas malparían, muchos se quebraban las piernas, otros los brazos de las caídas que en el camino davan. Nuestro provincial huyó como todos siguiendolo la mayor parte de la comunidad. El maestro de novicios con sus hijos fue hasta el Cercado y encontrando con una sequia juzgando avía llegado allí el mar mandó a sus novicios que de rodillas hicieran [sic] un acto de contrición, echándoles la absolución para morir allí ahogados. Yo me hallava en la Barranca asistiendo a la tía del padre jubilado fray Antonio Fernandes, y aunque fue tanto el temor que tube que no tube hueso en mi cuerpo que no hiziera sentimiento tenblando por más de media hora como una asogado empece a dar voces que nadie se fuera porque el modo de aplacar la ira de Dios avía de ser doliéndonos de nuestras culpas y arrepentidos con propósito de verdadera enmienda confesar nuestros pecados. A mis voces se pararon muchos que oyi [sic] de confesión y a otros a voces se confessavan, prediqueles una plática cogiendo por thema *quo ibo spiritu tuo etc.*, quando vino la noticia de que todo era mentira porque el mar estava muy sosegado. El virrey avía despachado al capitán de la guardia al Callao para averiguar la verdad, y en una hora fue y bolvió rebentando un cavallo en el camino, y alegró a todos con la noticia de que todo era enbuste.

Varias fueron las opiniones y se hizo rigurosa inquisición para saber donde avía salido esta voz y no se pudo averiguar. Unos decían que avían sido ladrones, que por robar los ranchos avían echado aquella voz y fundasen este discurso en que a la misma hora se dispararon siete cohetes al ayre y que esta fue la seña para que en un mesmo instante se esparciera la voz en tan apartados parajes. Otros reconociendo mayor causa decían que sin duda abrían sido ángeles y cierto que los efectos de la voz hazen muy creible este dicho porque lo que no hizieron unos terremotos tan espantosos como tengo dibuxados; consiguió esta voz, porque aquella noche ubo

confesiones de ocho, de veinte, de treinta y de cincuenta años. Hasta oy no a cessado de temblar la tierra y con tantas sequedades se temen mucho los de setiembre, octubre y noviembre /f.185v./. De Chile vino la noticia que de viruelas avían muerto más de cinco mil personas. En fin, todo son lástimas, suspiros y congojas, aunque los vicios siempre van adelante.

Los religiosos que an muerto y de que me acuerdo son los siguientes: el padre jubilado Albarrazín, que avía salido a Santa Eulalia a convalecer. Lo traxeron muerto y se enterró en la Recolectión. El padre Sívico; el padre Saavedra; el padre fray Juan de Casseres, su amigo de Vuestra Merced, que viéndome escribir esta carta, me dixo pusiera de su parte muchas memorias. Salió un día de la infraoctava de Pentecostés, con un sobrino suyo corista a comer en casa de su hermana, y saliendo de allí para ver a una sobrina, se quedó muerto en una silla. Otros religiosos an muerto en otros conventos de que no doy noticia por no saber sus nombres.

A fray Juan Colomer no escrivo porque en el discurso [de] escribir esta me an dado tres sangrías en dos días y las fuerças son pocas, y la cabeça no está muy buena. Me encomiendo a el de todo corazón y que en toda ocasión (que dicen será breve) le escribiré y con esto no quiero cansar más a Vuestra Paternidad Muy Reverenda sí suplicarle no dexé en todas ocasiones de mandar se me de noticia de su salud, que en esto tengo todo mi consuelo. Dios Nuestro Señor se la guarde felices años a mi deseo. Lima y junio 20 de 1688.

Muy Reverendo Padre Maestro Nuestro.

Beso la mano de Vuestra Paternidad Muy Reverenda.

Su menor hijo y aficionado servidor [?].

Fray Juan Roger [rubricado]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brading, David. “La España de los Borbones y su imperio americano”. En *Historia de América Latina*. Vol. 2, *América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII*, editado por Leslie Bethell, 85-126. Barcelona: Editorial Crítica, 1998.
- Bradley, Peter T. *The Lure of Peru. Maritime Intrusion into the South Sea, 1598-1701*. Basingtoke: Macmillan, 1989.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana*. Madrid: 1674.
- Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*. Barcelona: Taurus, 2019.
- Diccionario de autoridades*. Edición facsimilar. Madrid: Gredos, 1979.
- Eguiluz, Antonio. “Father Gonzalo Tenorio O.F.M. and His Providentialist Eschatological Theories on the Spanish Indies”. *The Americas* 16, n° 4 (1960): 329-356.
- Escandell, Bartolomé. “Repercusión de la piratería inglesa en el pensamiento peruano del siglo XVI”. *Revista de Indias* 13 (1953): 81-88.
- Flores Guzmán, Ramiro. “El enemigo frente a las costas. Temores y reacciones frente a la amenaza pirata, 1570-1720”. En *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*, editado por Claudia Rosas Lauro, 33-49. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos, 2005.
- Gasca, Pedro de la. *Descripción del Perú. Texto original y versión latina coetánea*. Edición, estudio y notas de Josep M. Barnadas. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 1998.
- Hanke, Lewis, ed. *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria*. 6 vols. Madrid: Atlas, 1980.
- Lefebvre, Georges. *La revolución francesa y los campesinos*. Buenos Aires: Paidós, 1974.
- Lohmann Villena, Guillermo. *Historia marítima del Perú. Siglos XVII y XVIII*. Lima: Instituto de Estudios Marítimos del Perú, 1981.
- . “La acción de España en Hispanoamérica, siglos XVI-XVII”. En *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, coordinado por Valentín

- Vásquez e Ignacio Olábarri Gortázar, 461-512. Pamplona: Universidad de Navarra, 1989.
- Ocaña, Diego de. *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, 1599-1605*. Edición de Blanca López Mariscal y Abraham Madroñal. Madrid: Universidad de Navarra / Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2010.
- Odriozola, Manuel de. *Terremotos. Colección de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital y la han arruinado*. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, 1863.
- Pallas, Jerónimo. *Misión a las Indias*. Edición y transcripción de José Jesús Hernández Palomo. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas / El Colegio de México / Università degli Studi di Torino, 2006.
- Pérez Mallaína, Pablo E. y Bibliano Torres Ramírez, *La armada del mar del sur*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, 1987.
- Portichuelo de Rivadeneira, Diego. *Relación del viage y sucessos que tuvo desde que salió de la ciudad de Lima, hasta que llegó hasta estos reynos de España*. Madrid: Domingo García y Morras, 1657.
- Quinn, William H., Victor T. Neal y Santiago E. Antúnez de Mayolo, “El Niño occurrences over the past four and a half centuries”. *Journal of Geophysical Research* 92, n° C13 (diciembre 1987): 14,449-14,461.
- Rosas Lauro, Claudia, ed. *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos, 2005.
- Valcárcel, Amelia. “Prólogo”. En *El miedo en Occidente*, por Jean Delumeau., xi-xv. Madrid: Taurus, 2019.
- Vargas Ugarte, Rubén. *Historia del Santo Cristo de los Milagros*. Lima: Editorial Lumen, 1949.
- Villa-Flores, Javier y Sonya Lipsett-Rivera, eds. *Emotions and Daily Life in Colonial Mexico*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2014.